



Microrrelatos ganadores

IES 26
Misericordia

2016

PRIMERA ETAPA

ROSAS BLANCAS, Noelia Ávila Reyes, 1.º E

Como todas las mañanas, llegué al instituto, me senté y abrí la mochila. Pero, al sacar la agenda, me di cuenta de algo: ¡era el cumpleaños de mi madre! Entonces, nada más salir del instituto, fui a la floristería a comprarle unas flores, como todos los años. Me llevé una desilusión porque no había de sus favoritas, así que le compré unas cuantas rosas blancas. Cuando estaba llegando a mi destino, el semáforo se puso en rojo y yo, sin hacerle caso, crucé. Vi venir un coche mientras cruzaba y, sin embargo, decidí correr. Pero el coche fue más rápido que yo y me alcanzó. Y, sin darme cuenta, ya estaba junto a mi madre otra vez.

SEGUNDA ETAPA

SIGO ESPERÁNDOTE, Raquel Tovar Pastor, 4º A

Entonces no lo sabía, pero fue precisamente aquella tarde cuando cambió todo. Bajó a por tabaco y cuando subió era ella la que ya no estaba. Vio una nota en la mesa que decía: «Vuelvo el martes». Desde entonces cada día fue lunes. Se acostaba en silencio pensándola a gritos. Por las mañanas, mirándose al espejo, se decía: «He visto calaveras más felices que tu rostro». Se sentaba en una silla, en silencio, mirando la puerta. Tenía un *te quiero* esperando en la punta de la lengua para cuando cruzara la puerta.

SIN PALABRAS, Rafa Torrelles Domingo, 2.º A

Como todas las mañanas, llegué al instituto, me senté y abrí la mochila. Pero, al sacar la agenda, me di cuenta de una cosa: misteriosamente todas las palabras escritas habían desaparecido y la agenda estaba en blanco. Miré hacia atrás y vi que todas las palabras habían salido de la agenda y estaban por el suelo formando una larga línea de palabras que llegaban a algún sitio. Me decidí a seguir la línea. Tras caminar no mucho me di cuenta de que me conducían de vuelta a la cama.

Parece que las palabras de mi agenda tenían tantas ganas como yo...



Ilustraciones de Ana Belén Olmos (1.º A Bachillerato)

SEGUNDA ETAPA

LA CHULETA LUCHADORA, José Martínez Carrión, 3.º D

Entonces no lo sabía, pero fue precisamente aquella tarde cuando cambió todo. Yo estaba en casa tranquilamente cuando, de repente, se oyeron unos golpes en la nevera. Fui para ver qué era y cuando la abrí... ¡zas!, me encontré una chuleta con una máscara y unos calzoncillos de boxeador pegándose con toda la fruta y verdura que había en la nevera. Yo me senté a ver el espectáculo. Trozos de coliflor, espinacas, todo tipo de frutas y verduras tirados por la nevera. *Chuletil*, que era como se llamaba la chuleta, ganó. Pero, de repente, se oyó por detrás: «Manolo, levanta». Sí, todo era un sueño y, encima, me tocaba comer verduras. Qué lástima que no estuviera *Chuletil* para quitármelas de encima.

BACHILLERATO

MIS MANZANAS, Jennifer Gómez Gozávez, 1.º D

Cada uno es como Dios le hizo y aun peor muchas veces, que salen *como el culo*, que me lo digan a mí. Desde luego, qué poco conocimiento hay en el mundo. No, si en verdad, esto me lo veía venir, pero me lo tengo bien merecido, por idiota. Encima que les dejo vivir en mi paraíso, sin obligaciones ni preocupaciones, donde era fiesta todos los días, no había jornadas laborales ni impuestos, solo una pequeña condición: «No tocar mi manzano». Pues nada, oye, que estos humanos no hacen ni caso y, encima, va un servidor y se queda sin hacer su postre favorito: tarta de manzana. Y, por si fuera poco, me cayó a mí la bronca de mi señora: «Que si esos humanos son muy sucios, que si hay que tenerlos controlados, que si cómo me tienen el jardín, que si he estado todo el año cuidando el árbol para ahora esto...». Total que, al final, me tocó elegir: o mi señora, con la que tengo el cielo a medias, o mis humanos, que, a poco que me descuide, me dejan sin medio cielo... y sin mis manzanas.

Así que menos quejas, que ya tengo bastante con lo que tengo.



Ilustraciones de Ana Belén Olmos (1.º A Bachillerato)



POR LA CALLE LA VI PASAR, Juan Manuel Marín Infantes, 1.º A

Cada uno es como dios le hizo y aún peor muchas veces, mascullaba una mujer zigzagueando torpemente calle abajo, que casi tropieza conmigo en uno de sus vaivenes. Yo iba absorto en mis propios pensamientos, sonámbulo y sin prestar atención más que al sonido de esa maquinaria interna. Eché un vistazo rápido: sus harapos y desaliño me hicieron pensar que quizá se trataba de una de esas personas que pierde la cabeza por el alcohol, el frío y la soledad.

Sin saber por qué aquellas palabras se quedaron impresas en mi pensamiento como la imagen de una fotografía en el papel. Casi instintivamente me detuve y la miré mientras se distanciaba. Una mano la debía tener recogida en el pecho por la posición de su brazo; de la otra colgaba, como si fuera un apéndice más, algo que no pude distinguir más que cuando fijé bien la mirada; su manga deshilachada la escondía, aunque el peso y la forma correspondían sin duda al de una pistola. El camino que había ido dejando lo marcaba un reguero de sangre. El rastro recorría la acera hasta la esquina de arriba donde se perdía y asomaba la suela de un zapato de hombre.



¡Viva la literatura!

